

DOMINGO III DE ADVIENTO (C)
Homilía del P. Manel Gasch i Hurios, monje de Montserrat
16 de diciembre de 2012
Sof 3, 14-18 / Filp 4, 4-7 / Lc 3, 10-18

¿Podemos estar contentos? ¿Qué puede significar en unas circunstancias como las actuales, estimadas hermanas y hermanos, el clamor que nuestra celebración levanta este domingo a la alegría?

Si miramos más allá, seguimos viendo los desequilibrios de nuestro mundo, la desigualdad en el reparto de la riqueza entre los países desarrollados y los más pobres. Hay estadísticas que nos hablan de países emergentes que parece que se recuperen económicamente, pero de los que nos dicen después que la situación real de su sociedad es muy precaria; y en otros persisten el hambre y la miseria.

Si acercamos nuestra mirada un poco más y nos quedamos en nuestro país, los motivos para la alegría tampoco nos sobran: la crisis, el paro, los desahucios, la compleja situación política.

¿Y si nos miramos honestamente a nosotros mismos? Cada uno sabrá qué motivos de satisfacción puede encontrar en su vida y también deberá ser realista con tantas cosas que nos gustaría cambiar.

Y en medio de todo esto, cada año, el tercer domingo de Adviento, ya desde el mismo nombre que ha recibido, "Gaudete": por las primeras palabras en latín del canto de entrada, hasta el contenido de las oraciones y las lecturas nos quiere transmitir la alegría: Alegraos, en el Señor; ¡Grita de gozo, alégrate y celébralo Jerusalén! Sacaréis aguas con gozo de las fuentes de la salvación; ¡Estad siempre alegres en el Señor!

¿Y qué pasaría si desde un punto de vista meramente humano respondiéramos a la liturgia y le dijéramos que no, que no queremos estar contentos, que queremos protestar y quejarnos por todo lo que pasa? Pues la Iglesia continuaría inamovible en su pedagogía diciéndonos que hay una razón para estar contentos. Una razón que conocemos todos, Dios nos ama, por difícil que a veces sea creerlo, Dios nos ama. En las palabras de la primera lectura lo hemos encontrado bien expresado: Él se goza y se complace en ti, te ama y se alegra con júbilo. La Navidad es su pleno cumplimiento. Por ello, precisamente al mirar ya estos últimos días de Adviento a la Navidad, se nos invita a recordar el amor de Dios y a alegrarnos. Esta razón para la alegría lleva resistiendo más de dos mil años, porque cualquier circunstancia personal y social no ha podido contradecirla. Esta razón se apoya en el hecho histórico del nacimiento de Jesús de Nazaret que es la expresión del misterio de un Dios que ha querido hacerse presente entre nosotros.

Durante todo el tiempo de Adviento recordamos que Jesús nació en Belén en un momento concreto de la historia, recordamos que volverá y recordamos, como decía san Bernardo de Claraval en su quinto sermón para el Adviento, que viene en todo momento a estar con nosotros, en nuestros corazones. De una manera muy clara, nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro son de Jesucristo y se nos invita a vivirlos con Jesucristo.

Las lecturas de hoy nos marcan un camino: en la primera hemos sido invitados a alegrarnos del amor renovado de Dios, fijándonos sobre todo en esta presencia. La segunda nos empieza a hablar ya de las consecuencias: se nos pide estar contentos, que la contemplación del amor se traduzca en el buen trato, en el estar contentos, no sólo de una manera interior y espiritual, sino en todas nuestras relaciones: que bonito

hermanos y hermanas, que bonito también para los escolanes que me estáis escuchando, que espero que me estéis escuchando, si realmente a los cristianos se nos distinguiera por nuestro buen trato: nos lo deberíamos proponer como un mandamiento derivado del amor y de la fe. Tratarse bien: no se nos está pidiendo ninguna proeza teológica o de fe, sino una actitud que transmite a los demás esta alegría de sentirse amados de Dios y de ser felices por vivir y ¡cuántas ocasiones no tenemos cada día de ejercerlo!

Si seguimos el camino de las lecturas de hoy llegamos al Evangelio: ¿Qué debemos hacer? Era la pregunta ante el anuncio de Juan Bautista, que no era más que el anuncio de que Dios estaba a punto de manifestarse. Aún hoy, nuestra expectación, nuestra espera ante la proximidad de la Navidad nos sugiere la misma pregunta. Nuestra propia sociedad, incluso más allá de la estricta celebración cristiana del nacimiento del Señor, ha quedado marcada por este vínculo entre estas fiestas y esta pregunta: ¿qué debemos hacer? La respuesta es a menudo ética, solidaria, porque la presencia del Amor en la tierra nos urge al amor entre nosotros. La recaudación del Banco de los alimentos, la Maratón de hoy, tantas otras pequeñas iniciativas que se ponen en marcha estos días, nos hacen ver que hay un espíritu que liga la Navidad y la solidaridad. Compartir lo que tenemos es lo que nos pide el evangelio de hoy. Nos lo pide de una manera tan clara que no necesita ninguna interpretación: junto con el compartir también hay una llamada a la honradez. Hay que decir que las llamadas de Juan Bautista tienen toda la fuerza de quien lo ha vivido con anterioridad, de quien no hace teorías, sino del que se ha hecho pobre y se ha separado de la sociedad, al que hoy llamaríamos tan alternativo como para convertirse en una voz que denuncia. Dificultad personal y testimonios contemporáneos: ¿Qué nos dice todavía Juan Bautista? Nos dice que este compromiso con el mundo es más necesario cuando precisamente está a punto de manifestarse Jesucristo, y todo empezará a ser diferente: es decir que la presencia de este amor de Dios manifestado en el nacimiento de Jesús de Nazaret debe ser motivo de alegría, pero de una alegría comprometida, de una alegría exigente y responsable con nuestros hermanos y hermanas más necesitados.

He querido comenzar estas palabras hablando de una mirada a los problemas actuales que no nos daba demasiados motivos para la alegría, os he invitado a releer juntos la llamada a alegrarnos por el amor renovado de Dios de la primera lectura y el salmo responsorial, a ver cómo este amor nos empuja y nos urge a preocuparnos de los demás y, finalmente a compartir y a ser corresponsables con nuestro mundo. ¿Y no es esa la respuesta que debemos dar a las situaciones de pobreza que nos rodean? ¿No será mejor ante todo lo que vemos, sabiendo que Dios ha venido a visitar nuestra realidad, comprometernos en la medida de nuestras fuerzas? Nunca podremos estar contentos por los problemas del mundo, pero podemos afrontarlos con la seguridad de no estar colaborando a hacerlos más grandes y quizás incluso de poner nuestro grano de arena para cambiarlos. Estoy convencido de que ésto nos dará la alegría serena, responsable y solidaria a la que la Iglesia nos invita hoy, en la proximidad de esta nueva Navidad.